

El aprendizaje del placer sexual en mujeres adolescentes de la ciudad de México: Una perspectiva desde las ciencias sociales

GARCÍA-JAIME, Ricardo†*

Universidad Pedagógica Nacional

Recibido 4 de Agosto, 2016; Aceptado 25 de Noviembre, 2016

Resumen

Este estudio examina el placer sexual como una construcción social resultante procesos histórico-sociales cuyos significados son accesibles a través del uso de estrategias de interpretación de las historias de las personas.

Se trata de un estudio con el propósito de analizar el placer sexual como fenómeno macro y micro-social.

Se plantea como objetivo central: conocer la manera en la que mujeres jóvenes, significan la experiencia del placer sexual a partir de su propia vivencia y las relaciones con los otros. Es un estudio cualitativo realizado en la Ciudad de México entre 2013 y 2016, en el que participaron nueve jóvenes estudiantes de bachillerato. Entre sus contribuciones se halla mostrar el placer sexual como un conjunto de experiencias relacionales pautadas socialmente, las cuales adquieren significado en la interacción y en los fenómenos que ante ella acontecen; implicación emocional, solidaridad, así como ofrece elementos para mirar el placer sexual como experiencia que se aprende al interior de interacciones, contextos, normas y pautas organizadas socialmente.

Placer sexual, sexualidades, interacción, adolescentes

Abstract

Learning Sexual Pleasure in Adolescent Girls Mexico City: A Perspective from the Social Sciences.

This study examines the sexual pleasure as a social construction resulting social and historical processes whose meanings are accessible through the use of strategies interpretation of the stories of the people.

It is a study in order to analyze the phenomenon of sexual pleasure as macro and micro-social. It is proposed as central objective: to know the way in which young women, mean experience sexual pleasure from his own experience and relationships with others. It is a qualitative study in Mexico City between 2013 and 2016, in which nine young high school students. Among his contributions shows sexual pleasure as a set of relational experiences socially patterned, which acquire meaning in the interaction and phenomena that occur before her emotional involvement, solidarity and provides elements to look at experience sexual pleasure as learning with interactions, contexts, norms and guidelines socially organized.

Sexual pleasure, sexuality, interaction, teens

Citación: GARCÍA-JAIME, Ricardo. El aprendizaje del placer sexual en mujeres adolescentes de la ciudad de México: Una perspectiva desde las ciencias sociales. *Revista Investigaciones Sociales* 2016, 2-6: 23-37

† Investigador contribuyendo como primer autor

*Correspondencia al autor: (cardogj@gmail.com)

Introducción

Si bien el placer sexual es un asunto presente en discursos comerciales (literatura, música, ropa, cosméticos, etc.), poco interés ha revestido para la investigación en distintas disciplinas. En el caso de México, por ejemplo, existe una fuerte presencia sexológica de origen bio-médico, la cual orienta sus estudios a la clasificación de trastornos sexuales, la investigación de psicofármacos sexuales o el tratamiento de las disfunciones sexuales, dejando fuera de su análisis los asuntos relativos al placer sexual.

Por su parte los estudios sociales ocupan buena parte de su producción en tópicos como las identidades, diversidad sexual, homosexualidades (gay y lesbiana), infecciones de transmisión sexual, SIDA, violencia sexual o embarazo adolescente, sin considerar al placer sexual como objeto de estudio. Esta ausencia otorga pertinencia a estudios orientados al análisis del placer sexual, hallando en las representaciones de los individuos un campo vasto para las ciencias sociales.

Aunado a lo anterior, el interés por esta investigación se origina en un trabajo previo con mujeres de la ciudad de México (García, 2015), el cual mostró un evidente distanciamiento entre las consideraciones sexológicas del orgasmo y la experiencia de las mujeres, desde la cual se subrayaba el interés por sentir placer en sus relaciones sexuales. Dicho estudio evidenció que la vivencia del placer sexual se hallaba marcada por tres hechos: posponer el placer sexual para experimentarlo en el entorno adecuado (vida adulta en pareja heterosexual); la ausencia de una dimensión íntima del placer sexual (autoerotismo) y entender el placer sexual como experiencia proporcionada por un compañero, siendo el coito el medio idóneo para alcanzarlo.

Lejano entonces a aquellos escenarios que señalan al placer sexual como resultado de estímulos sexuales efectivos (ESE) o al buen manejo de técnicas eróticas, el acceso al placer sexual se apreció como un camino hipervigilado, materializado en historias de distanciamiento, negación, miedo o malestar, identificándolo como un proceso conflictuado en el que participan activamente personas significativas (familiares, amigas), especialistas e instituciones a través de sus prácticas.

Derivado de estos hechos, así como del resultado de investigaciones cercanas al tema de este estudio (Amuchásteguí, 2004; Jones, 2010, Sosa, 2005), surgió el interés por una investigación que estudiara al placer sexual desde las representaciones de sus actores y que evidenciara los procesos a través de los cuales las personas aprenden a vivir el placer sexual, partiendo del supuesto que la experiencia del placer sexual está estrechamente vinculada a significaciones sociales, a representaciones de género y que existen agentes (pares, familiares, etc.) y discursos (pedagógico, médico, etc.) que median la vivencia del placer sexual.

1. Acercamiento al placer sexual desde la sexología y las ciencias sociales

Desde sus inicios en las postrimerías del siglo XIX, los representantes de la sexología se concentraron en dos tareas: la descripción de la naturaleza sexual de varones y mujeres así como la delimitación del comportamiento sexual "normal" (Weeks, 2005). La consecuencia de sus postulados fue la aparición de las perversiones sexuales y la transformación de actos perpetrados por personas (*v. gr.* onanismo, sodomía) en rasgos identitarios, de salud o salud mental, modificando antiguas formas de significación del comportamiento.

Esas tareas sexológicas así como sus efectos, han permanecido vigentes en el siglo XX con los trabajos de de William Masters y Virginia Johnson: *Respuesta sexual humana* (1966), *La inadecuación sexual humana* (1970) y *La nueva terapia sexual* de Singer Kaplan (1974) A partir de estas obras se han popularizado modelos de respuesta sexual, de inadecuaciones sexuales, de trastornos sexuales (desviaciones, perversiones/disfunciones sexuales) (Kaplan, 1997) y de intervención clínica, los cuales se mantienen vigentes hasta nuestros días.

Ocupados en la normalización y clasificación del comportamiento sexual, la discusión en torno al placer sexual se aprecia como asunto sexológico marginal, sólo atendido cuando, equiparado con el orgasmo, trastoca las normas clínicas creadas desde la misma sexología, es decir cuando aparece como anorgasmia en mujeres o varones. En tanto, el resto de comunidad sexológica, repitiendo las propuestas de Masters, Johnson y Kaplan, asocian el placer sexual con la eliminación de la tensión sexual, la contracción rítmica de los músculos del perineo, la emisión del semen, las contracciones de las paredes vaginales o con el orgasmo.

El placer sexual desde las ciencias sociales

Para conocer el estado de investigaciones en torno al placer sexual fuera del ámbito médico-sexológico, se consultó un banco de datos resultante del proyecto de investigación “Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Una aproximación desde la sociología” de la UAM-Azcapotzalco. El procedimiento consistió en revisar 2027 títulos de artículos utilizando cuatro descriptores temáticos: *sexual, sexuality, pleasure, sexualities* (sexual, sexualidad, placer y sexualidades, para los textos en español), encontrando 59 estudios relacionados con el placer sexual (2.9% del universo de artículos publicados).

De las publicaciones anglosajonas, se revisaron 1787 títulos, hallando 48 estudios (2.6%) relacionados con uno o más de los descriptores ya señalados. Pese al bajo porcentaje, resultó relevante encontrar dos revistas especializadas en sexualidad: *Sexualities* y *Theology and Sexuality*, así como una más: *Body & Society*, con múltiples publicaciones (34 de las 48 seleccionadas), relacionadas con los descriptores de la indagados.

En cuanto a las publicaciones en castellano, se encontraron 97 artículos, 7 de los cuales incluyeron en sus títulos uno o más de los cuatro descriptores. Pese a la notable diferencia entre la producción anglosajona y la castellana (1787 vs 97 artículos), en ésta última se encontró un mayor porcentaje (7.2% de artículos), posicionándose como un objeto más estudiado que en la base anglosajona. Por su parte, entre las publicaciones mexicanas se encontraron 55 artículos, 4 de los cuales hicieron referencia a uno o más de los descriptores ya citados.

Se seleccionaron 55 artículos ubicando su procedencia en distintas tradiciones del conocimiento; estudios de género, estudios feministas, filológicos, sociológicos, antropológicos y psicoanalíticos. Los estudios revisados muestran que hasta hace poco tiempo, los significados del cuerpo, el sexo y la sexualidad se habían vinculado a “lo natural”, manteniéndose alejados de procesos de construcción social. Sin embrago, tal como lo refieren Oerton and Phoenix (2001), tras décadas deconstruccionistas y de estudios críticos feministas, es cada vez más claro que sus significados resultan de discursos creados en contextos específicos.

Los textos coinciden en plantear que los significados para el sexo y la sexualidad tienden a ser fusionados en el cuerpo pero entendido este último desde el *embodiment*, es decir desde la experiencia encarnada, “el sexo y la sexualidad existen como categorías significantes porque están encarnados en experiencias” (Oerton and Phoenix, 2001:391). Se aprecia que el corazón de la sexualidad no es solamente sexo (refiriéndose a prácticas sexuales) sino un espacio donde diferentes guiones pueden ser escritos.

El cuanto al placer sexual, los textos lo presentan como espacio en conflicto. Desde una de las vertientes encontradas (la anglosajona), se le aprecia como objeto que recibe excesiva atención por parte de especialistas y empresas (farmacéuticas, publicitarias) quienes lo promueven como fuente de beneficios para las personas. El placer sexual se relaciona con la felicidad personal e incluso con mejoras en la identidad (Seidman, 1991; Braun et al, 2003, Gordon, 1971; en Braun, 2005).

El placer y la erotización emergen como tendencia apreciable en la oferta y demanda de tratamientos que pretenden mejorar el cuerpo e incluso trascender los límites de la genética, así como en la difusión de técnicas sexuales para mejorar el talento amoroso. A esta visión se asocian dos prácticas difundidas mundialmente: la cirugía estética genital (CEG) dirigida a mujeres y la masificación del uso de fármacos sexuales (FS) destinada a los hombres.

Los procedimientos quirúrgicos referidos con el término cirugía estética genital incluyen: reducción de labios vaginales (labioplastia), aumento de labios mayores, liposucción en monte de venus, estrechamiento vaginal (vaginoplastia), amplificación del punto G, reposicionamiento o reconstrucción del clítoris y reconstrucción del himen (himenoplastia).

En todos estos casos, la cirugía se ofrece como solución a insatisfacciones del cuerpo, así como medio para resignificar atributos negativos relacionados con los genitales de las mujeres. En el caso de los hombres, el placer sexual es promovido como producto residual de erecciones inducidas mediante los fármacos sexuales Viagra, Cialis o Levitra, donde su uso asegura erecciones disponibles a la demanda. Como ocurre con las mujeres, los genitales se convierten en promesa de buen rendimiento corporal, en garantía de felicidad y satisfacción (Croissant, 2006).

Con respecto a la promoción del placer sexual desde el comercio de productos sexuales, los textos revisados muestran a los medios de información, particularmente las revistas, como la principal fuente para la construcción social de ideas acerca de la apariencia, la salud, la enfermedad y la sexualidad. A través de ellas se ofrecen cirugías y medicamentos como alternativa de embellecimiento, funcionalidad, bienestar o estabilidad, influyendo tanto en la representación de los cuerpos como de sus sentimientos (Braun, 2005).

Las revistas dirigidas a población femenina son una de las fuentes más importantes para la aceptación de las cirugías. Los anuncios tienen un doble efecto, por un lado prometen sexo perfecto y una nueva identidad (Croissant, 2006) y por otra parte tienen potencial para producir consumidores ansiosos de tratamientos médicos para solucionar sus problemas, en otras palabras los medios construyen y legitiman la naturaleza de los problemas y sus soluciones (Braun, 2005).

En el caso del placer sexual en los hombres este proceso es evidente, pues los anuncios pagados por las farmacéuticas remiten a los consumidores hacia formas idealizadas de rendimiento sexual -el de los varones jóvenes-.

Así el medicamento se ofrece como vía para mantener un óptimo rendimiento sexual, estableciéndolo al mismo tiempo como estándar de normalidad sexual (Croissant, 2006).

El efecto de la visión medicalizada y comercializada de la sexualidad en la vida las personas, se materializa en tres situaciones con implicaciones en el placer sexual: la centralidad del orgasmo, el mantenimiento de expectativas patriarcales y la patologización del cuerpo.

Con respecto a la primera, la centralidad del orgasmo, tanto en los discursos médicos como en los mediáticos, el orgasmo ocupa una posición privilegiada, la de la expresión más deseable e importante del sexo, presentándolo como un suceso incuestionablemente deseable.

Acompañado de una retórica libertaria de la sexualidad de las mujeres, la búsqueda del orgasmo se legitima, posicionándose paulatinamente como una obligación. Desde estas expectativas se le coloca como derecho y al mismo tiempo como deber visibilizando cirugías y fármacos como recursos disponibles para obtenerlo. Sin embargo, las/os autores señalan que en estos discursos no se encuentran cuestionamientos del lugar otorgado al orgasmo. Los textos también muestran otro hecho: la invisibilización de otras formas del placer sexual pues al concebir como interacción sexual ideal un performance para tener orgasmos, las experiencias que inducen otros matices de placer sexual (no el orgasmo de descarga equiparado con la eyaculación masculina) quedan desdibujadas de las posibilidades eróticas de las personas. La invisibilización se aprecia a través de mensajes donde otras formas de placer, por ejemplo aquellas obtenidas por besos, caricias o prácticas sexuales no penetrativas son relegadas a un segundo término por distanciarse del modelo masculino de actividad sexual.

Finalmente enfatizan que tras la idea del orgasmo se estructura un andamiaje heteronormativo pues se presupone que el orgasmo proviene de relaciones coitales.

El segundo grupo de implicaciones asociadas a las cirugías: el mantenimiento de expectativas patriarcales explica que el placer se desplaza, de una experiencia liberadora hacia una experiencia obligada, señalando la trampa detrás de una supuesta acción de empoderamiento (Gagne y McGaughey, 2002; Gillespie, 1996; Negrín, 2002; en Braun, 2005). Se señala también que las cirugías adaptan los genitales no sólo a un prototipo “normal del cuerpo”, sino a que sean más susceptibles para estimular sexualmente a los hombres durante el coito, haciendo que las mujeres se conformen a los valores tradicionales heterosexuales. Es decir, se adaptan los cuerpos a ciertas prácticas heterosexuales en lugar de diseñar prácticas sexuales que se adapten a los cuerpos. El placer sexual así obtenido refuerza los límites de la heterosexualidad normativa ofreciendo libertad sexual dentro de un marco de referencia muy limitado (Adams, 1997 en Braun, 2005).

El mantenimiento de expectativas patriarcales se aprecia también en la promoción del orgasmo mediante la penetración vaginal, hecho que eclipsa otras vías para la obtención del placer, lo cual se puede interpretar como un intento de limitar la satisfacción sexual de las mujeres a la penetración, principal medio para obtención del placer sexual en los varones (Croissant, 2006). Al centrarse el interés en las condiciones circunscritas a la penetración se desestiman condiciones estrechamente relacionadas con los significados del placer sexual como la relación de pareja o ciertas variables contextuales (Braun, 2005).

El peso de la heteronormatividad es también evidente en la promoción de fármacos sexuales. La publicidad la proyecta hacia público heterosexual, dejando fuera del imaginario médico a hombres gay, personas con prácticas hetero u homosexuales no coitales o prácticas autoeróticas. “Más duro, más fuerte, más largo” se materializa en un modelo fálico de la sexualidad masculina, donde la penetración es el único aspecto importante de la dinámica heterosexual (Croissant, 2006:337).

Sin embargo, aunque entre los hombres se comercializa la idea del falo erecto, la realidad del rendimiento sexual es que es impredecible a cualquier edad y dependiente de sucesos como el estado emocional, problemas en la relación de pareja, consumo de alcohol o drogas, factores todos enmascarados por la ilusión del uso de fármacos sexuales. Así pues, la oferta de drogas sexuales re-produce fantasías de un desempeño sexual hiperreal donde, a pesar de años de descuido físico, de no hacer ejercicio o de afectaciones en la salud, el efecto del medicamento acercará al usuario a estándares ideales de rendimiento sexual (Croissant, 2006). Los anuncios de fármacos sexuales hacen de la “eficiencia técnica” el criterio sexual más importante. Los medicamentos se toman para garantizar un pene que logrará su propósito principal: producir orgasmos. La intimidad sexual y las emociones no figuran entre los objetivos del encuentro sexual, pero, en cambio la promesa de las erecciones ofrece seguridad y autoestima.

El tercer grupo de implicaciones asociadas a las cirugías, agrupadas bajo el nombre: patologización del cuerpo, señalan que tanto en mujeres como en hombres, al invisibilizar la participación de variables contextuales en las relaciones sexuales, se crean expectativas, ilusiones con respecto a habitar “cuerpos defectuosos” que precisan intervenciones quirúrgicas-farmacológicas para ser normales.

Ciertas estructuras anatómicas del cuerpo de las mujeres (como el tamaño, textura o color de la vulva) o determinados estándares de rendimiento sexual en el caso de los hombres (grado de erección, duración de la misma), son vistos como inadecuaciones para las que se ofrecen productos capaces de transformarles en cuerpos deseables (Braun, 2005).

La segunda perspectiva del placer sexual se encontró en los artículos mexicanos. Estos textos presentan una realidad alejada de la anglosajona. El análisis revela que se trata de un asunto con escasa atención, particularmente cuando se trata de las mujeres pues existe mayor apropiación de los derechos reproductivos que del placer y los derechos sexuales (Amuchástegui, 2004). El placer sexual se muestra como territorio en conflicto pues, el dominio del cuerpo, la sexualidad y el amor transcurren en contextos de relaciones de poder y desigualdades de género, hechos que coinciden con los resultados de una investigación anterior realizada por el autor, referida en la introducción de este artículo.

Se plantea que el conflicto en la apropiación del placer sexual se debe, entre otros fenómenos sociales, a su paso por varios filtros: el del discurso católico, los discursos de la sexualidad y la salud, quienes sujetan el placer sexual a modelos heteronormativos que no ofrecen condiciones para su apropiación pues, como proceso subjetivo, está dificultado por condiciones de producción, de sujeción socio-cultural, así como por ordenamientos de género.

El placer sexual como construcción social

Desde una perspectiva sociológica, Randal Collins con su teoría de la interacción sexual ofrece importantes contribuciones para la discusión del placer sexual.

Collins plantea una teoría microsociológica centrada en la interacción en pequeña escala, cara a cara, aquí y ahora, retomando algunas propuestas de Goffman y Durkheim. Del primero retoma su concepto de ritual: “Uso el término ritual porque esa actividad, por informal o secular que sea, representa para el individuo un modo en que debe delinear y atender las implicaciones simbólicas de sus actos cuando está en la inmediata presencia de un objeto de especial valor para él” (Goffman 1956, en Collins, 2009:34). Del segundo autor usa sus planteamientos relativos a los ingredientes de los rituales y sus fases. De los ingredientes enfatiza la reunión física, señalando que cuando cuerpos humanos se reúnen acontecen fenómenos (sintonización, aparición de sentimientos) como la intensificación de la experiencia, la consciencia colectiva y subjetividad intensificada.

Collins plantea que el mecanismo que puede explicar la diversidad de prácticas sexuales son acciones sociales con factores sustanciales de interacción corporal y emocional. Desde su perspectiva el sexo “no sería un simple instinto interno sino una cantidad variable que se construye o controla desde fuera” (Collins, 2009:301); una forma de interacción y el placer sexual un conjunto de interacciones que se aprenden en sucesivas experiencias. Collins plantea que aquello que nos inclina al placer sexual resulta de la consonancia íntima y la implicación emocional, dos de los componentes de los rituales de interacción expuestos por Goffman y Durkheim, señalando que la interacción sexual se explica por los ingredientes del ritual: copresencia física-emocional, foco de atención común, estado emocional compartido y barreras impuestas a los otros, así como por sus efectos: solidaridad, energía emocional, símbolos y pautas de moralidad.

Desde esta perspectiva, las prácticas y el placer sexual son formas de interacción social relacionadas con emociones, símbolos y procesos manufacturados desde fuera del individuo cuya significación se concreta en la interacción cara a cara. Collins sostiene que el interés por participar en actividades sexuales se relaciona con factores como la interacción o la implicación emocional, con los significados que generan dichas implicaciones (complitud, fusión, pasión) o con los sentimientos de solidaridad social (como el amor) altamente valorados por las sociedades contemporáneas.

En síntesis, el interés por el placer sexual, se relaciona tanto con la interacción e implicación emocional, como con los efectos que produce. Primero con lazos de solidaridad (amor) entre grupos reducidos de personas; solidaridad que hace a las personas identificarse, servirse y protegerse. Segundo, por el sentimiento de propiedad, de posesión sexual, de acceso a un cuerpo prohibido para los demás. Tercero porque para algunas personas representan cierto prestigio social y en cuarto lugar debido a que los rituales de interacción sexual transforman las emociones iniciales (deseo-pasión sexual) en fortaleza individual, sentimientos de solidaridad, amor entre los miembros de la diada. Así, se transita de una situación sexual a otra atraídos por aquellas interacciones que ofrezcan mayores beneficios emocionales.

La perspectiva sociológica de Collins se complementa con las ideas de Jones (2010), quien plantea que la diversidad de prácticas sexuales, entendidas como:

“Actividades mentales y corporales vinculadas a una dimensión erótica, que pueden implicar contactos físicos entre dos o más personas o no (como en el autoerotismo) y ligarse o no a sentimientos amorosos y a la procreación...” (Jones, 2010:18), se encuentra atravesada por dinámicas sociales de valoración dependientes de un sistema en función del cual se consuman, aceptan, rechazan, interpretan y significan las prácticas sexuales: “una diversidad de prácticas sexuales como masturbarse, mirar pornografía, besarse, acariciarse y tener relaciones sexuales (con alguien de otro o del mismo sexo), adquieren sus significados a partir de los vínculos socio-afectivos que los enmarcan” (Jones, 2010:15).

En sintonía con Collins, Jones refiere que las prácticas sexuales (y sus significados), resultan de “un proceso de aprendizaje erótico y corporal, que se da mediante una exploración sexual relacional que la precede y trasciende temporalmente” (Jones, 2010:38), es decir se trata de actividades socialmente pautadas, vinculadas con discursos pedagógicos, mediáticos, familiares y religiosos.

Estas pautas de interacción sexual se estructuran en secuencias ritualizadas la cuales son aprendidas durante la vida de las personas: “...quienes tienen un coito vaginal por primera vez, muy probablemente antes se han besado, acariciado los genitales, masturbado mutuamente y visto parcial o totalmente desnudos en otras ocasiones y/o con otras parejas. Esta serie progresiva de actividades es parte fundamental de un proceso de exploración física y relacional, donde aprenden un saber erótico y corporal” (Jones, 2010:47).

Horizonte metodológico

Se realizó una investigación sociológica-interpretativa con mujeres adolescentes de la ciudad de México.

Las técnicas utilizadas para recopilar información fueron una línea de vida, un cuestionario sociodemográfico y una entrevista semiestructurada.

La línea de vida es un organizador gráfico empleado en ambientes pedagógicos y psicológicos para desarrollar biografías y examinar distintos aspectos del desarrollo personal. Las líneas de vida ofrecieron las primeras descripciones del placer sexual desde las representaciones de las mujeres participantes, las cuales fueron profundizadas durante las entrevistas, en las que se exploraron sus vivencias, la interacción, así como los escenarios donde acontecieron. El cuestionario contribuyó para caracterizar a las participantes, y sus condiciones socioeconómicas.

En el estudio participaron nueve mujeres adolescentes las cuales fueron seleccionadas mediante muestreo por cuotas, siendo los criterios de inclusión: tener entre 17 y 18 años, contar con estudios de bachillerato, vivir en la ciudad de México y mostrar interés en participar en una investigación relacionada con el cuerpo y el placer sexual.

Dada la temática del estudio se recurrió a contactos clave para conseguir participantes, contando el apoyo de dos profesores de bachilleratos públicos de la ciudad de México (Centro de estudios científicos y tecnológicos del Instituto Politécnico Nacional y del Colegio de Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México), siendo ellos los encargados de vincular a las jóvenes interesadas con el responsable de la investigación.

En el primer encuentro con las jóvenes se elaboró la línea de vida. Una semana después se llevaron a cabo las entrevistas y el cuestionario. Dos entrevistas se realizaron en la oficina del investigador, el resto en el plantel escolar (en todos los casos el lugar fue determinado por las participantes).

Las entrevistas se audiograbaron con la autorización de las entrevistadas, teniendo una duración entre 51 y 1:51 minutos. El cuestionario fue respondido al concluir la entrevista y en algunos casos se recibió por correo electrónico en fecha posterior a ésta.

Todas las participantes eran estudiantes del último tramo de educación media superior, con aspiraciones universitarias, solteras, sin hijos y con excepción de una participante, mencionaron hallarse en una relación de noviazgo. Ninguna refirió tener empleo, apreciándose dependientes de sus padres. En todos los casos eran integrantes de familias nucleares o extensas cuyas condiciones económicas les ofrecían, con notables diferencias, posibilidades para cubrir sus necesidades de vivienda, alimentación, estudio, traslado en la ciudad y recreación. Sus zonas de residencia correspondieron a colonias con índices de desarrollo social alto, medio y bajo.

Los datos recabados en el trabajo de campo fueron sometidos a un ejercicio interpretativo cuyo propósito “es hallar patrones significativos y dar sentido a la amplia y rica información contenida en la transcripción de los relatos” (Martínez, 2002:46). La interpretación se derivó de la lectura repetida de las transcripciones y su agrupación en grandes temáticas, originadas por recurrencias en los relatos así como por las líneas analíticas del estudio: placer sexual, discursos y poder; placer sexual e interacción y prácticas sexuales y jerarquización. Con este procedimiento se formularon los primeros códigos de información procediendo después al estableciendo códigos finos, aspirando con ello a revelar la lógica subyacente en las historias de las jóvenes para mostrarla “como un producto socialmente construido, es decir, con vinculaciones claras con los arreglos sociales y las condiciones de vida predominantes” (Castro, 2002).

El contexto para el aprendizaje del placer sexual: heterosexualidad y noviazgo

Las participantes refieren una amplia gama de prácticas relacionadas con el placer sexual: atracción por varones, juegos, excitación, besos, caricias con ropa, desnudarse, caricias sin ropa, faje, deseo, relaciones sexuales (coito), sexo oral, las cuales aparecen entre los 8 y los 18 años. En estas prácticas se advierten dos primeros hechos: un carácter marcadamente relacional, es decir todas precisan otra persona para llevarse a cabo: “Cuando era niña es como el placer de que, yo sola puedo hacerlo y mira es mi cuerpo, es mi... soy yo y acá no, acá en esa etapa es como que hay alguien más como que me ayuda a generar ese placer, no soy sola, o sea hay alguien más que me ayuda a generar ese placer.” (P2:10) y en segundo lugar la ausencia de una dimensión autoerótica, íntima en la vivencia del placer sexual: “...¿tu sola?... mmm... no. ¿por alguna razón en especial?. No, ninguna, nunca he... nunca me ha dado eso de... a ver que se siente tocarme yo sola, no (P2:18).

Estos datos no sólo revelan las representaciones de las jóvenes sino también un conjunto de condiciones macrosociales (sistemas de comportamiento sexual) Rubin (1989) los cuales orientan el placer sexual como experiencias en pareja, desvalorando el autoerotismo y denostando el placer como potencialidad en la vida de las mujeres (Amuchástegui y Rivas, 2004).

Se aprecia también como una actividad predominantemente heterosexual (sólo una joven refirió orientación homosexual) que precisa ciertas condiciones de seguridad ante la posibilidad de ser abandonadas después de las prácticas sexuales: “...no, que tal si nada más quiere... algo y después ya no [...], porque ahorita ya todos los chavos nada más quieren eso y ya después adiós, adiós, ya me lo diste, adiós” (P1:22).

Ambos requisitos, varón e interacción, encuentran en la figura del noviazgo su realización ideal, pues ofrece el contexto para sentirse queridas, cuidadas y protegidas por ese varón, razones por las que vigilan minuciosamente su elección, evidenciando nuevamente cierta internalización de normas sociales.

El noviazgo se convierte en la interacción que legitima la vivencia del placer sexual, lo cual adquiere sentido desde la perspectiva de Collins, pues es en el contacto con otros, al interior de esas relaciones, donde se generan los significados de las experiencias.

El noviazgo es referido por las jóvenes como un espacio de exclusividad donde sólo ella y el tienen cabida: "...no sé... no sé cómo explicarlo... era... como si... no hubiera nadie más, como si sólo fuéramos él y yo, y lo demás no me importaba ya, ni siquiera la hora, nada" (P6:8).

El noviazgo ofrece oportunidad para la aparición de rituales ilustrando lucidamente sus ingredientes esenciales: el encuentro cara a cara y las barreras excluyentes. La interacción en el noviazgo crea condiciones de intimidad, más no se reduce ésta a la práctica sexual sino hacia la construcción de una relación con un intenso sentido de solidaridad (amor): "Un sentimiento de que estamos bien, de amor y de confianza (...) y de comunicación" (P8:8).

La interacción así construida genera, como señala Collins (2009), una intensificación donde mutuamente alimentan y contagian sus emociones.

Apreciar la intensidad de la interacción representada por el noviazgo ofrece un marco para comprender las acciones de vigilancia y prohibición de este tipo de relaciones iniciadas tiempo atrás por la familia de las jóvenes, sugiriendo el conocimiento que tienen los adultos de la función formativa del noviazgo en aprendizaje del placer sexual y en la vivencia de prácticas sexuales.

También ofrece sentido a los mensajes relativos a elegir apropiadamente a ese varón: "Pues yo decía: ¡ya estoy lista, él es el indicado!, bueno porque nosotras como mujeres decimos él es el indicado y pues con él. Yo decía: ¡él es el indicado, sí, él me va a tratar bien, él me va a cuidar, él, como yo decía ya está más grande que yo, ya sabe qué onda, yo decía pues él, él va a saber cómo, no... no me va a lastimar" (P1:20).

Pese a la selección cuidadosa del novio, no siempre se cubren las expectativas de reciprocidad e igualdad de condiciones: "tenía un novio y este, me llevaba creo por dos años, y decidí tener mi primera relación sexual con él porque me encariñé, no fue muy agradable porque, volvemos a ese punto, él estaba jugando y yo no, entonces fue un acontecimiento de que, no lo disfruté, o sea en el momento lo disfruté pero ya después dije ¡chín, por qué lo hice!, ¿por qué con él?" (P2:7).

La presencia de vínculos intensos como requisito para participar en prácticas sexuales también han sido señalados por Jones (2010) como evidencia de guiones sexuales que pautan las experiencias de hombres y mujeres jóvenes. El vínculo, la confianza y la selectividad de la pareja forman parte de prescripciones sociales que las mujeres deben cumplir para participar de experiencias sexuales. Forman parte también de expectativas de género que asignan actividades sexuales asimétricas para mujeres y hombres.

El aprendizaje del placer sexual: los primeros pasos

Una vez que eligen a la pareja indicada y que valoran las condiciones ya expuestas, las jóvenes inician su proceso de aprendizaje sexual asumiendo un rol distinto al del varón; de él se espera iniciativa e interés en tanto ellas ceden a sus propuestas, le siguen con confianza e interés aprendiendo y disfrutando: “porque él ya tenía más experiencia, yo todavía no conocía muchas cosas y con él fui conociendo más en relación al aspecto sexual (P2:13)”.

La interacción y el placer sexual se aprenden mediante procesos graduales de exploración sexual (Jones, 2010) mediadas por guiones sexuales, expectativas y prescripciones de género. Así el rol de aprendiz sexual se va modificando no sólo tras su participación progresiva en las practica sexuales, sino también en la medida que otros indicadores (respeto, amor) demuestren una buena elección de pareja y confiabilidad para tener prácticas sexuales con ellos.

En la medida que las jóvenes participan en relaciones de noviazgo, afinan su capacidad de observación con respecto a las intenciones del pretendiente y es en esas sucesivas experiencias donde transforman los significados del placer sexual. En sus primeros acercamientos las experiencias se viven desde el conflicto y la ambivalencia siendo manejadas con un no: “y esa vez empezamos así, no, de beso en beso y se iba dando, pero yo le marqué, como que no me sentía lista y yo le dije ¡no!” (P1:14).

El placer sexual presenta una condición conflictiva, ambivalente, marcada por la oposición de valores: unos asociados con el disfrute y otros relacionados con el miedo o la prohibición, los cuales coexisten mostrándolo como un hecho complejo, se quiere, se desea, pero también se frena, se pospone.

El carácter conflictivo se aprecia en un conjunto de sensaciones: “rareza, extrañeza, inseguridad, miedo, nervios”; de pensamientos: “todavía no estoy lista”, “no, ya no quiero”, “voy a cometer un error”, “me voy a arrepentir”, las cuales coexisten con sensaciones placenteras “mariposas en el estómago, temblores, cosquilleo, taquicardia”, “sensaciones en los genitales”, “gusto”, “excitación, tranquilidad, relajación”; con pensamientos: “deseo que no acabe”, “olvido del mundo exterior” así como con afirmaciones como: “sí, ¿por qué no?”.

El carácter conflictivo del placer sexual se aprecia en el freno que las jóvenes aplican ante la posibilidad de participar en dicha práctica sexual, materializado en la sensación de no estar lista, en duda e inseguridad: “Pues, en ese momento sentí miedo. ¿Miedo?. Por un lado sentía que estaba cometiendo un error, no sé... más que nada miedo” (P6:8).

En la medida que el noviazgo adquiere los rasgos de solidaridad y las connotaciones rituales, el significado y manejo de las jóvenes se aprecia distinto: “y empiezas a sentir como que... como que ese gusto, como el disfrutar, disfrutar y el que me empiece a besar y me empiece a acariciar y entonces es ahí cuando se convierte en placer [...] y tuve esa sensación de gusto y a lo mejor de sentir como que ese disfrute en mi cuerpo” (P2:8).

La participación en experiencias sexualmente placenteras, ofrece oportunidades para dejar el rol de aprendiz mostrando su interés y proponiendo actividades sexuales a sus novios. Esta agencia se hace evidente en las jóvenes con más de un noviazgo, desdibujándose entre quienes viven sus primeras experiencias, las cuales oscilan entre el no puedo y la expectativa de seguir o aprender del novio.

Entre saber y no saber: la transformación de los significados del placer sexual

Cuando quitan el freno y deciden participar en prácticas sexuales, refieren una sensación común: “no saber qué hacer”, lo cual llama la atención pues disponen de información relativa a las relaciones sexuales y los métodos anticonceptivos: “Fue así como una experiencia que me marcó mucho, si porque llegamos a su casa y estaba toda su familia y después toda su familia se fue y nos quedamos él y yo solitos, a mí me daba miedo porque yo no sabía qué onda” (P1:15).

Esta ignorancia puede revelar el acatamiento de guiones sexuales, pues “el no saber” es un comportamiento esperado de las jóvenes, en contraste con un comportamiento experto de los varones. Puede relacionarse también con las expectativas de iniciativa en los hombres y consentimiento en las mujeres así como con la representación del varón como sujeto de deseo activo y la mujer como sujeto de deseo moderado (Jones, 2010: 50-51).

Paulatinamente el placer sexual adquiere un matiz agradable e intenso que las lleva hacia experiencias fascinantes: “entonces se le ocurre darme un beso pero yo pensé que un beso era un beso, no se, como un beso robado, y no, fue un beso bien, o sea fue esa sensación de... mm... de placer, de quiero más, o sea ya la lo experimenté y quiero más [...], en los labios fue por completo y ya después fue como que todo en el cuerpo y sentí ese escalofrío de ¿qué pasó no?, ¿por qué?, ¿por qué tengo tantas reacciones en el cuerpo y fue, fue, al principio fue sorpresivo, fue en los labios y ya después se fue yendo a todo el cuerpo, no, los escalofríos, de que empecé a temblar mucho, de... de que no, no podía dar un paso, de que me temblaba todo” (P2:5), accediendo a experiencias que detonan reacciones inesperadas y alteran las normas:

“Por un lado quería que no parara... pues, me sentía diferente, no sé... no sé cómo explicarlo... era... como si no quería que acabara, me gustaba sentir su piel” (P6:9).

Si bien es cierto que todas habían recibido información de distintas prácticas sexuales, ya fuera por clases de metodología anticonceptiva, por conversaciones con amigos y amigas, por lo que veían en su escuela, por lecturas en libros o internet, las jóvenes coinciden en que es la experiencia con sus novios la que le da sentido real, no teórico al placer sexual, siendo en estas prácticas donde se re-construyen los significados del placer sexual a partir de su propia experiencia en la interacción con un varón.

Sea que se trate de deseo, experimentado a través de sensaciones en los labios o en todo el cuerpo, el interés por participar en distintas prácticas sexuales acontece en la interacción con el novio, siendo en ese contexto donde se adquieren o transforman los significados de las experiencias sexuales.

El análisis muestra que las prácticas sexuales forman parte de esquemas de interacción social entre hombres y mujeres con dos características. La primera es la concepción del placer sexual como actividad masculina, lo cual se aprecia por una parte en la ausencia de autoerotismo en las jóvenes y por otra parte en las evidencias en torno a que caricias, faje, caricias sin ropa, sexo oral o coito, son iniciadas, sugeridas o propuestas por los varones, siendo ellos los responsables de iniciar las prácticas sexuales:

“entonces empezó a decirme cosa como: me gustas, eres muy bonita (...) no quitó el dedo del renglón y cosas así, el chiste es que empezamos a besarnos y él empezó a acariciarme y fue cuando lo detuve y le dije: no, no puedo, no quiero y como que no, entonces ése, como buen hombre me hizo terapia psicológica (ríe), me empezó a tocar, permití que fluyera y es ahí cuando empezamos a tener relaciones sexuales (P2:14).

La segunda es la existencia de roles de género que señalan el tipo de actividad esperado para cada uno, donde los varones llevan la iniciativa pues son considerados sujetos con experiencia sexual, en tanto que ellas se colocan en el rol de aprendices, seguidoras de los varones. Estos roles también dan cuenta de guiones sexuales a partir de los cuales el hecho de que las mujeres se acerquen al “comportamiento masculino” caracterizado por el interés y experiencia sexual, sería sancionado desde distintos ámbitos del contexto de las jóvenes (familia, novio, pares, etc.).

En todos los casos, el acercamiento al placer sexual transita a través de guiones interpersonales (patrones de interacción, secuencias ritualizadas de actos) bien definidos e identificados por las jóvenes: “entre los 13 que fue mi primer beso y los 18 más o menos, nunca en mi vida, así nunca había tenido un faje, o sea siempre tuve contacto, no tuve como que ese escalón (...) los besos, faje, la relación. O sea siempre fue así como que pues, primeros los besos y la relación no, entonces a los 18 llega alguien y por primera vez tengo un faje, entonces yo no sabía qué era eso hasta hace poquito (ríe), entonces, digo como ¿qué onda? porque me salte ésa rutina” (P2:16).

Estos hechos coinciden con la propuesta de Jones (2010), en la que refiere que antes de llegar a la penetración las parejas comparten una secuencia de actividades eróticas que incluye besos en la boca, abrazarse, caricias en distintas partes de cuerpo, caricias en genitales y otros contactos sexuales, proceso que da cuenta del proceso de gradual y de largo plazo del aprendizaje del placer sexual y su carácter interaccional.

La presencia de estos guiones revela la existencia de producciones sociales y mentales que permiten a las personas dar sentido sexual a determinadas sensaciones y comportamientos (Gagnon y Simon en Jones, 2010).

La supremacía del coito

Aún cuando las líneas de vida describen una variedad de prácticas sexuales, se aprecia una valoración diferente de éstas, ocupando el lugar central el coito: “A los diecisiete y marcaste tu primer placer como algo más ¿cómo está eso?. Pues... fue... eh... la primera vez que... eh... experimenté, por así decirlo, una relación... sexual” (P7:6).

Es el coito el rasgo que define una relación sexual: “no pasó nada” señalan al referirse a experiencias placenteras como el faje o caricias sin ropa. El coito representa “la relación sexual” y la vía para acceder al placer, lo cual es corroborado por la ausencia de fantasías sexuales, actividad autoerótica u otras prácticas sexuales en pareja; mismas que son desestimadas para las mujeres en una sociedad estratificada sexualmente.

En un contexto heterosexual, centrado en el noviazgo y el coito, prácticas sexuales, como la masturbación quedan excluidas para la mujeres:

“Pues no sé. Mmm, pues es que hay cosas que no... bueno según yo, pues si lo quieres hacer pues para eso existe, no sé... tener un novio, o bueno un esposo, pero... es que yo siento que si lo haces es como... eh... pues no sirve, o bueno, según yo no sirve” (P7:10).

Esta práctica sexual no aparece como opción para vivirse sola ni en pareja; no se habla de ella, no se busca información, no se interesan en experimentarla. Tampoco se menciona en sus charlas ni en las actividades con el novio, no se sugiere como actividad sexual por ninguna de ambas partes, no hay un respaldo pedagógico, familiar ni de pareja que valide su experiencia, siendo sólo una opción sexual de la que se tiene conocimiento pero no una alternativa dentro de un repertorio sexualmente placentero. En términos de Jones, no forman parte de los escenarios culturales de las mujeres.

Desde la perspectiva de Rubin (1989), es posible afirmar que la centralidad del coito y el noviazgo revela la presencia de sistemas jerárquicos occidentalizados que evalúan los actos sexuales a partir de su representación más acabada: las relaciones sexuales heterosexuales, reproductivas y validadas mediante el matrimonio, lo que se confirma por la devaluación referida por las participantes con respecto a otras prácticas sexuales: la masturbación y el sexo oral

En el caso del sexo oral, referido como práctica sexual realizada por dos participantes, se describe como algo sucio y desagradable: “no me gustó, no le vi la intención, no le vi... ¿Para ti no fue algo que te gustara?. No que no me gustó, sino que no le vi la intención (P3:17).

La expresión: “no le vi la intención”, enfatiza que, más allá de las sensaciones placenteras provocadas, lo relevante de una práctica sexual es su utilidad, siendo entonces el coito la práctica sexual que tiene sentido.

Conclusiones

La perspectiva ofrecida por los estudios sociales obliga a reconsiderar el lugar concedido al placer sexual desde la perspectiva médico-sexológica, sea como estado fisiológico, como etapa de la respuesta sexual (orgasmo) o como experiencia subjetiva poco explorada.

En contraste, este estudio propone considerar al placer sexual como fenómeno relacional vinculado a significaciones sociales, los cuales se regulan desde dispositivos de género. Desde esta perspectiva es conveniente analizar los procesos desde lo que se configura el placer sexual (discursos, mandatos sociales); las relaciones desde las que se construyen sus significados (experiencia íntima, noviazgo, actividades sexuales) y la agencia de sus actores, desde la que se crean posibilidades de acción (de vivir el placer sexual en este caso). Los tres niveles son relevantes pues vinculan las dimensiones micro y macrosociales del placer sexual, cuestionando las interpretaciones que lo acotan como hecho exclusivamente intrapersonal o íntimo.

Este estudio muestra el placer sexual como un conjunto de experiencias relacionales pautadas socialmente, las cuales adquieren significado en la interacción y en los fenómenos que ante ella acontecen; implicación emocional, solidaridad, ofreciendo elementos para mirar el placer sexual como experiencia que se aprende al interior de interacciones, contextos, normas y pautas organizadas socialmente.

Referencias

Amuchásteguí, 2004 Amuchásteguí, Ana y Rivas, Marta (2004). “Los procesos de apropiación subjetiva de los derechos sexuales. Notas para la discusión”. Estudios demográficos y Urbanos. Septiembre-diciembre, No. 57, 543-597 págs.

Braun, Virginia (2005). "In Search of (Better) Sexual Pleasure: Female Genital 'Cosmetic' Surgery". *Sexualities*. October, Vol. 8 No. 4, 407-424 págs.

Castro, Roberto (2002). *La vida en la adversidad: el significado de la salud y la reproducción en la pobreza*. México, UNAM-CRIM. 540 págs.

Collins, Randall (2009). "La teoría de los rituales de interacción" y "Una teoría de la interacción sexual" en *Cadenas rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos, AUM-Azcapotzalco, UNAM-FCPYS-Editorial Universidad Nacional de Colombia, pp. 17-70 y 299-345.

Croissant, Jennifer L (2006). "The New Sexual Technobody: Viagra in the Hyperreal World." *Sexualities*. July, Vol.9 No. 3. 333-344 págs.

García, Ricardo (2015). *Placer y orgasmo en mujeres jóvenes. Construcción de sus significados*. México. Universidad Pedagógica Nacional. 148 págs.

Jones, Daniel (2010). *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. CICCUS CLACSO. 168 págs.

Singer, Helen (1997). *La nueva terapia sexual. Tomo 1*. México, Alianza Editorial. 344 págs.

Singer, Helen (1997). *La nueva terapia sexual. Tomo 2*. México, Alianza Editorial. 704 págs.

Martínez, Carolina (2002). "Introducción al trabajo cualitativo de investigación" en Szasz, Ivonne y Lerner, Susana (comps). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México, El Colegio de México. pp. 33-56

Oerton, Sarah and Phoenix, Joanna (2001). "Sex/Bodywork: Discourses and Practices". *Sexualities*, November, Vol. 4 No. 4, 387-412 págs.

Rubin, Gayle. *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad* (1989). [en línea]: documento electrónico hallado en internet [fecha de consulta: enero 7 de 2014]. Disponible en: www.cholonautas.edu.pe
Sosa, Itzel (2005). *Significados de la salud y la sexualidad de jóvenes. Un estudio de caso en escuelas públicas de Cuernavaca*. México, Inmujeres. 250 págs.

Sosa, Itzel; Lerner, Susana y Erviti, Joaquina (2014). "Civilidad menstrual y género en mujeres mexicanas: un estudio de caso en el estado de Morelos". *Estudios sociológicos*. XXXII:95, 355-383.